

El día de dar un abrazo y una sonrisa



El sol matinal brillaba y se reflejaba en las gotitas de rocío sobre el ventanal. Tobi se despertó y sonrió.

La noche anterior, mientras se quedaba dormido, planificó el día siguiente, al cual denominó «El día de dar un abrazo y una sonrisa». El plan era simple: Dar tantos abrazos y sonrisas a los demás como le fuera posible.

Tobi espió a su primer objetivo, su mamá. Saltando de la cama, se le acercó y la rodeó con sus brazos por la cintura, dándole el más cálido de los abrazos.
—¡Buenos días, mamá!

—Buenos días, Tobi—respondió la mamá, y lo abrazó tiernamente—. ¡Gracias por ese abrazo! Es hermoso empezar así el día.



Tobi sonrió. ¡Esto iba a ser divertido!

Antes de llegar al comedor, su entusiasmo por dar amor estaba en plena marcha. Abrazó a su hermanita menor, Laura; saludó a su papá con una sonrisa y un abrazo; toda persona que se cruzaba con Tobi recibía una gran sonrisa.

A lo largo del día, Tobi se esmeraba por llevar a cabo su plan de dar un abrazo y una sonrisa. Tobi estaba contentísimo de ver que a las personas se les iluminaba la cara cuando él les sonreía o las abrazaba. Y lo mejor de todo fue que él notó que cuantos más abrazos daba, más abrazos pasaban los demás a otras personas.



Esa tarde, Tobi y sus amigos estaban jugando afuera. Decidieron jugar al bádminton, juego que a Tobi le encantaba.

Formaron dos equipos: Tobi y su amigo Arturo, y Carla y Joel. Los cuatro niños jugaban contentos a la luz del sol. Carla y Joel iban ganando, mientras que Arturo y Tobi luchaban por hacer más puntos.



Tobi estaba bastante molesto puesto que le parecía que Arturo no estaba dando lo mejor de sí en el juego, y rara vez le pegaba a la palomita, y cuando le daba, no pasaba por encima de la red, o salía fuera de la cancha.



—¡Arturo! —le decía Tobi con tono de frustración—, ¿no puedes tratar de jugar un poco mejor? ¡Nunca le das a la palomita!

Arturo se encogió de hombros y le dijo a Tobi que estaba haciendo lo mejor que podía.
—Bueno, tal vez deberías esforzarte un poco más
—balbuceó Tobi mientras seguían jugando.

—¡Ayyyyyyyy! —gritó Tobi—. ¿Por qué hiciste eso?

Carla tenía el servicio. Cuando Arturo hizo el avance para devolver la palomita, no se dio cuenta de que Tobi estaba muy cerca, y le dio un raquetazo en la cabeza a Tobi.

—¡Uy! De veras lo siento muchísimo.
Estaba intentando darle a la palomita
—Arturo bajó la mirada, decaído—. De
verdad, estaba tratando de jugar mejor.

—Bueno,
deberías
haberme visto,
pero en vez de
eso me diste en
la cabeza. ¡Ya
no quiero hacer
equipo contigo!



Tobi se retiró de la cancha tocándose la cabeza donde había recibido el golpe. Los otros niños se preguntaban qué hacer. Al salir de la cancha, una voccecita desde su corazón le recordaba sobre su plan para ese día.

—¿No es hoy el día de dar un abrazo y una sonrisa?— escuchó que Jesús le hablaba al corazón—. *Recuerda que las sonrisas y los abrazos provienen de un corazón lleno de amor, y el verdadero amor sigue dando aun cuando las cosas van mal.*

Tobi se puso a meditar en esas palabras de Jesús. Él sabía que debía perdonar a Arturo. Le pidió a Jesús que lo ayudara a demostrar amor, y volvió a donde estaban sus amigos.

—Arturo, perdóname por haberme enojado contigo —le dijo en tono de disculpa—. Sé que fue un accidente, y que tú tratabas de jugar mejor. Por favor, perdóname por haberte gritado.

Agradecido porque fue perdonado, Tobi le dio un abrazo a Arturo.
—Me alegra que seas mi amigo —le dijo con una sonrisa.

—A mí también me alegra. Te prometo que me voy a esmerar en jugar mejor, y sin golpearte.



Tobi tomó su raqueta y empezó el juego otra vez. Para alegría de ambos, Arturo y Tobi ganaron esta vez.

Cuando terminó el juego, los cuatro amigos se recostaron sobre el mullido césped y observaron cómo pasaban las pomposas nubes, que estaban hermosamente teñidas con la luz del sol que se ponía.



Tobi se puso a reflexionar sobre ese día, y pensaba en su plan de dar un abrazo y una sonrisa. Sí, hubo momentos en el día en que fue fácil demostrar amor, y otros, fue mucho más difícil. Pero descubrió que dar amor a los demás cuando le costó más, fue tan importante como hacerlo cuando le fue fácil.

Tobi se puso a pensar en el inagotable amor de Jesús hacia él, aun cuando él pasaba por momentos difíciles; el amor de Jesús permanecía constante, incondicional, y siempre estaba ahí. Ese pensamiento hizo sonreír a Tobi. Mientras seguía recostado sobre el pasto, rezaba para que pudiera seguir siendo un ejemplo del amor de Jesús, ya fuera a través de los abrazos, las sonrisas, las buenas acciones, de orar por los demás, o a través de las muchas maneras en que se puede demostrar amor.

«En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros» (Juan 13:35 VRV).

